

Custodio de la llama encendida del teatro

Carlos Montemayor

Un mes antes de su muerte, tuve el honor de recibir a Víctor Hugo Rascón Banda en la ceremonia de su ingreso como Miembro de Número en la Academia Mexicana de la Lengua. En esa ocasión, recordé el inicio de un peculiar discurso suyo. El Instituto Internacional de Teatro de la UNESCO le encomendó en el año 2006 el mensaje que con motivo del Día Mundial del Teatro debía leerse en París y en los países afiliados a este organismo. En años anteriores, desde 1962, cuando la UNESCO estableció el Día Mundial del Teatro, fue costumbre que el mensaje se le encomendara a autores y actores notables del mundo, como Jean Cocteau, Arthur Miller, Peter Brook, Luchino Visconti, Richard Buxton, Eugène Ionesco, Edward Albee o Václav Havel. El 27 de marzo del 2006, pues, Víctor Hugo Rascón Banda comenzó tal mensaje así:

Todos los días deben ser días mundiales del teatro, porque en estos veinte siglos siempre ha estado encendida la llama del teatro en algún rincón de la Tierra.

Custodio de esa llama en varios países de nuestra lengua, Víctor Hugo iluminó varias zonas del alma humana y de la geografía de sus montañas natales. Como la sierra de Chihuahua, que tiene acantilados, cataratas, ríos subterráneos, valles, minas, corrientes caudalosas o tranquilas que

transportan como semillas el oro que los gambusinos recogen y criban; que contiene cultivos de flores refulgentes, pero clandestinas; contrabando de mercancías y seres que reduce el dolor y la agitación de cada día; que esconde cuevas, orillas del mundo y hondonadas donde se ocultan y marginan pueblos e idiomas milenarios: así, su teatro ha iluminado los ríos subterráneos de los seres humanos, la distancia de recuerdos, edades, cuerpos, idiomas, culturas y esperanza; la pasión reconcentrada en los cuerpos femeninos solitarios o en cuerpos combatientes; el teatro vivo en los giros mortales del profundo teatro de la lucha y la muerte; llevó luz a la memoria inadvertida de individuos y pueblos, niños, jóvenes, ancianos, montañeses que a veces por el polvo que levanta la danza de la vida y la muerte logran distinguir la frontera primigenia de la realidad y del deseo, de la lucha y el remordimiento, de la frescura, la resignación o la confesión; en sus obras el asombro y la conciencia llegan y cubren los sitios recónditos de las montañas y valles del alma humana. Es una denuncia y al mismo tiempo una revelación del alma.

Pues bien, hace muchas décadas varios jóvenes chihuahuenses dejamos nuestras montañas, nuestros cerros, nuestras planicies, para llegar a la Ciudad de México. No teníamos una puerta adonde llamar. No teníamos parientes famosos ni poderosos que hubieran sido directores

Escena de *Armas blancas* de Víctor Hugo Rascón Banda

de diarios o editoriales, senadores o secretarios de Estado, al menos burócratas de mínimo nivel. No teníamos puerta adonde tocar, salvo la de la esperanza. Empezamos a trabajar en esta ciudad a partir de cero y nos abrimos paso aquí y en el mundo, en la pintura, en el periodismo, en las letras, en el idioma. En esas luchas solitarias, combatiendo por la esperanza en tan vasto mundo, la amistad adquiere cierta fortaleza. Dos hermanos se despidieron ya, antes de Víctor Hugo: Gonzalo Martínez y Jesús Gárdea. En estas condiciones, decía, de luchar a pulso, de empezar de cero, la amistad aparece con otra comprensión.

La amistad es una fuerza profunda que afirma la vida, la fortalece. La amistad hace crecer al amigo, lo engrandece, lo hace más profundo, más firme. Su secreta urdimbre, su poderosa fuente, es una forma de generosidad que no cabe en la sencillez de un limitado ser, de una sola persona. La poderosa fuerza y generosidad de la amistad nos engrandece porque nos lleva más allá de nuestra solitaria capacidad. El trabajo del amigo nos hace mejores, los triunfos del amigo nos tornan más victoriosos, los méritos del amigo nos ennoblecen, el talento del amigo nos eleva, la trayectoria digna y luminosa del amigo nos enorgullece. Por eso digo que la amistad nos engrandece. Por eso trato de explicar que la amistad es un don de la vida que brota para compartirse con otros, para que

seamos más de lo que somos, para no vernos reducidos a nuestras limitadas y solitarias fuerzas. Somos parte de nuestros amigos. Nuestro orgullo y nuestra vida se cumplen también con su arrojo y su obra. Por ellos podemos sentir que nuestras vidas se abren paso en la delicada luz que nos baña el pensamiento y la emoción mientras vivimos. La obra de mis amigos, su teatro, su arte plástico, su música, su canto, sus novelas, sus poemas, sus filmes, sus actuaciones, sus investigaciones, su honestidad, su talento, justifican también mi vida, me justifican como ser humano, como artista, como responsable de la inolvidable luz de la vida, como parte del eco que nuestras voces, como en una larga y alborozada fiesta, han ido imprimiendo en el mundo que nos vio nacer, que nos va despidiendo.

Víctor Hugo, entrañable amigo, donde quiera que estés, te repito que me enorgullece y te agradezco que hayamos compartido nuestra tierra natal, nuestro país, nuestra generación. Que hayamos coincidido en el tiempo, en el fulgurante espacio de la vida que cada uno de nosotros ocupa, que en cada uno de nosotros seguirás ocupando hasta que el eco de nuestra fiesta termine. O ¿quién sabe?, hasta que el eco de otras fiestas nos recupere y nos recuerde; o lejos, distantes, nos presenten.

Texto leído en el homenaje luctuoso a Víctor Hugo Rascón Banda el primero de agosto de 2008 en el teatro Wilberto Cantón de la SOGEM.